

H CR
056
R454-sc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA

San José, Costa Rica, América Central

Año V

No. 195



Las Siete Palabras que Nuestro Señor Jesucristo dijo en la Cruz

La primera palabra fue con su Eterno Padre, y decirle: «Padre, perdona a mis enemigos, que no saben lo que se hacen.»

La segunda palabra fue decir al buen ladrón, que le pidió misericordia: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.»

La tercera palabra fue dirigida a María Santísima y a San Juan Evangelista, que la acompañaba: «Mujer—dice—, ve ahí a tu hijo», y al discípulo: «Ve ahí a tu madre.»

La cuarta palabra fue decir a su Eterno Padre: «¡Dios mío, Dios mío!, por qué me has desamparado?»

La quinta palabra fue decir: «Sed tengo.» Esto es, padecer aún más y más por los hombres, si fuere menester, para salvarlos.

La sexta palabra fue decir: «Todo está consumado.» Esto es, adviertan todos q' la redención humana ya se consuma con superabundancia a mi placer y de mi Padre.

La séptima palabra fue decir: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Y diciendo esto, inclinó la cabeza y expiró nuestro amante y dulcísimo Jesús.

(De "El Diamante de la Religión")

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ **VERSOS MISTICOS** ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

Doliente caminante,
¿cuándo y dónde te he visto?
Solitario viandante,
¿en qué pueblo distante
pude yo haberte visto?

Tus barbas apostólicas
y tus ojos cansados
añoran las bucólicas
paces de unos caminos de pueblos
distanciados..

¿Fue en un amanecer? ¿Fue, acaso,
en una hora de aurora provinciana,
cuando, buscando mieles, mi Pegaso
te halló en la claridad de la mañana?

No sé cuando ni dónde.... Pero sé
que te conozco, caminante triste;
doliente peregrino de tu fé,
¿cuándo y dónde me viste?
Dondequiera que fuera, peregrino,
dame tu mano, de mi mano hermana,
pues quiero recorrer yo tu camino..

Doliente peregrino
que arrastras por el mundo tu lozana
alma de luz, en esta edad pagana...
Peregrino divino:
¿tu alma es la luz de tu pobreza humana!

Xavier BOVEDA

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ **ORACION** ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

Oh! pies divinos del Redentor que hirieron
las piedras de los caminos, punzaron las es-
pinas de los eriales y abrasaron las arenas
del desierto cuando el Maestro recorría los
ámbitos de Judea consolando a los afligidos,
curando a los enfermos, derramando por to-
das partes esas palabras de paz y de perdón
que a través de los siglos aun llegan como

bendición de amor a nuestras almas. Clava-
dos en la cruz, una sola gota de la sangre
que brotó de ellos bastaría para redimir cien
mundos. Que llegue a mi corazón una sola
partícula de ella para hacerlo bueno y mi al-
ma purificada por su virtud omnipotente,
cantará por los siglos de los siglos las mise-
ricordias de! Altísimo. Que así sea.

Adalina contra nerviosidad e insomnio. Adalina contra
nerviosidad e insomnio. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
insomnio. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
lin. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
vioso. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
som. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
contra. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
sidad. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
Adalina contra nerviosidad e insomnio.
nerviosidad e insomnio. Adalina contra nerviosidad e insomnio.
Si es Bayer es bueno. Si es Bayer es bueno.

Tabletas de
ADALINA
proporcionan
calma y
serenidad.



DOÑA BETTINA DE HOLST
FRENTE A LA TRIBUNA

Recibió un surtido bellissimo de frutas de cera, tan bien imitadas que
parecen verdaderas, manzanas, peras, albaricoques, uvas, mandarinas,
cerezas, fresas, limones, tomates, nueces, bananos, etc. Un surtido
variadísimo de galones y festones dorados y plateados. En flores hay
bellezas y ramilletes para adornar jarrones. Rosas muy naturales.
Brocados y Terciopelos para mantos.

DIRECTORA:

Sara Casal vda. de Quirós

Apartado 1289

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29**REVISTA COSTARRICENSE**

Publicación Semanal para el Hogar

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 21 de Abril de 1935

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

Tiempo Santo

Si todos los católicos estuviéramos bien penetrados de lo que significan todas las ceremonias religiosas de la Semana Santa, muy de otra manera celebraríamos tiempo tan precioso.

La Iglesia con muy sabia disposición celebra durante todo el año festividades para que el espíritu de sus hijos se mantenga en perpetua unión con Dios y poseídos del espíritu del Evangelio.

Es una fiesta continua desde el día de Año Nuevo hasta fin de año, si seguimos la Liturgia veremos que es una bellísima cadena en la que la iglesia eslabona todas sus fiestas para que nos mantengan unidos al Espíritu de Nuestro Dios.

Pero quizá la época más profundamente religiosa del año es la Semana Santa, en la que la Iglesia hace recuerdo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, desde el Domingo de Ramos que entra Jesús en Jerusalem, montado en una mula y aclamado por el pueblo, quien adornó sus calles con palmas en señal de regocijo, hasta el Domingo de Resurrección, cada día se celebra uno de los pasajes de la Pasión Dolorosa de Nuestro Señor. Si seguimos el misal podremos leer las bellezas de las ceremonias, que infunden respeto y admiración y más que todo nos unen más íntimamente con la Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

Si meditamos en los dolores, en los escarnios, en las humillaciones, en la muerte Dolorosa que sufrió Nuestro Señor por salvarnos, si nos detenemos a reflexionar en tanto dolor, no hay ser humano por indiferente que parezca que no sienta pena muy grande y sufra por haber sido causa de tanto dolor. Si

el pecado fue causa de sacrificio tan sublime como la muerte afrentosa del Hijo de Dios, nosotros debemos abominar el pecado y ya que nuestra mísera naturaleza humana es tan frágil y tan a menudo ofendemos a Dios con nuestras continuas faltas, procuremos al menos que esas faltas no sean deliberadas y sintámonos profundamente arrepentidos después de haberlas cometido. Hagamos todos los esfuerzos por mejorar nuestra vida, que cada día destruyamos una falta pequeña y no cometamos faltas graves. El tiempo Santo es el mejor tiempo de meditar, de unirse bien con Dios, de hacer serios propósitos de enmienda. Asistamos a los oficios religiosos con espíritu cristiano, con los mayores deseos de unirnos a los deseos del Corazón de Jesús y con seguridad que Nuestro Señor que es todo Amor y Misericordia derramará muchas bendiciones sobre nosotros y sobre nuestras familias.

Respetemos el Tiempo Santo, asistamos a todas las ceremonias con respeto y veneración. No vayamos al teatro, ni permitamos que nuestros hijos vayan. Hay que hacerles respetar ese tiempo en que se rememora La Pasión de Nuestro Señor, no organicemos paseos.

Las mujeres no deben ser motivo de escándalo vistiéndose impudicamente, entrando a la Iglesia con vestidos como si fueran al baile. Sean respetuosas que los hombres admiran más la virtud y la modestia en la mujer que su espíritu despreocupado.

Hay que pensar que esta vida no es la verdadera vida, que tenemos un alma que salvar, unámonos al espíritu de la Iglesia y pensemos que tenemos que morir y que este tiem-

po Santo es el mejor para emprender una nueva vida para tener una santa muerte.

Santifiquemos nuestra alma purificando nuestro cuerpo por medio de la oración y el

sacrificio y unámonos a la Pasión Dolorosa de Nuestro Señor en esta Semana Santa.

Sara Casal Vda. de Quirós

El Corazón de Jesús en el Calvario

Siendo el corazón, como todos lo reconocen y la Iglesia misma lo declara, el emblema de nuestros sentimientos afectivos, no es de extrañar que el Corazón Deífico se hubiese manifestado al mundo en el ara santa de la Cruz, donde con su pasión y muerte dió a la humanidad la mayor prueba de su amor.

Por eso mismo, para que los hombres se convencieran de este amor y le correspondieran con el suyo, que les habría de elevar hasta abrazarse con Cristo en la Cruz, ya que el Salvador vino a traer el fuego de su caridad a la tierra y no desea otra cosa sino que se encienda e inflame a todos, dispuso en su misericordia que un soldado abriera en su sagrado costado la puerta por donde el género humano pudiese colmar sus ansias de entrar en la fuente misma de ese amor, en su Corazón dulce y misericordioso, traspasado también por la misma lanza, signo inequívoco de la ternura y del amor con que se entregó a la muerte por nosotros; de ese amor misericordioso que, como dice San Bernardo, ha bajado del cielo para visitarnos con sus efusiones confortadoras.

Lo cual confirma San Agustín, cuando escribió que el Evangelista al consignar este misterioso episodio de la muerte de Cristo, no dice que Longinos rasgase o hiriera el costado de Cristo, sino que emplea la luminosa palabra de que lo abrió, sin duda para llamar la atención de todos y descubrir al mundo de esa manera gráfica y sensible, en ese lenguaje llano y universal del corazón, que sólo el amor, que en ese órgano encuentra su símbolo y su hogar, es la causa de la gran obra y de los inmensos beneficios de la Pasión redentora del género humano.

La lanza del soldado atravesando el Corazón de Jesús, hizo brotar de esa fuente copiosa

e inmaculada los dones de inagotable bondad que el Salvador quiso extender a todo el mundo por el sacrificio de la Cruz.

La roca viva que corona el monte Calvario acababa de ser perforada hasta llegar a su mismo corazón; pues la piedra, como dice San Pablo, era Cristo, y de ella brotaron torrentes de agua viva que inundarían la tierra, como de fuente inagotable que siempre había de permanecer abierta para los hijos del pueblo de Dios. Fuente pura, que lava todas las manchas; fuente viva, que comunica todas las energías; fuente deliciosa, que embriaga con los goces más puros; fuente que desciende desde las cumbres de la eternidad hasta los valles de la tierra para remontarse con la humanidad ya purificada a las alturas donde tiene su origen; fuente inagotable, cuyos dulces murmullos recrean nuestras almas con la afirmación consoladora de que el furor del Señor se ha trocado en consuelo, sostenido por la hermosa virtud de la esperanza, que nos permite elevar nuestras miradas al Salvador para decirle con toda verdad: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío".

Ahí le tenemos clavado por nuestro amor en la montaña santa del calvario ofreciéndose a todos los desterrados sin hogar y sin patria verdadera, sin defensa contra su propia debilidad ni valor para la lucha obligada por el mundo, como apacible morada y refugio seguro porque, desde el momento en que el costado de Jesús fue traspasado por el soldado, instrumento de la divina Providencia, la fuerte ciudadela del Señor, que nos guarda dentro de sus muros infranqueables, en expresión del profeta Isaías, abrió para siempre a individuos y pueblos las puertas de la verdad, de la justicia y de la paz, que sólo

pueden hallarse confiando en Aquel que puso entre los principios fundamentales de su doctrina redentora esta máxima divina: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado".

Bien podemos pues, repetir con San Bernardo: "Señor, concedednos la gracia de ha-

bitar todos los días de nuestra vida en vuestro Corazón, pues fue abierto vuestro costado para manifestarnos la entrada a vuestro Corazón, y éste fue traspasado a su vez para que pudiésemos permanecer en el mismo, desprendidos de todas las cosas exteriores".

† El Arzobispo de Valladolid

UNA JOYA DE ARTE

El Cristo de Marfil

Toro es una bella ciudad llena de recuerdos, santuario de memorables hazañas, relicario de preciadas joyas artísticas. A modo de pétreo estuche que la conserva y la guarda, tiene una fortísima muralla, aurificada por el sol de muchas centurias en la cumbre de un cerro que se mira en las aguas del Duero, caudaloso y bravío.

De las muchas cosas artísticas que la ciudad conserva, por la gracia de su pasado esplendor, llama la atención, así del inteligente como del profano el magnífico Cristo de marfil que, con todos los honores de la más rica custodia, guarda la colegiata.

No es muy antigua la obra; su labor pertenece a la del siglo décimo-séptimo, y no son escasos los crucifijos y otras imágenes de santos labrados en marfil durante aquel siglo. Pero nadie conoce un ejemplar semejante, ni hay registrada noticia escrita de que le haya en parte alguna.

La altura del divino cuerpo crucificado mide algo más de la talla natural del hombre; la escultura en una sola pieza. Únicamente los brazos, naturalmente, constituyen una pieza a parte, adherida al sitio consiguiente del torso.

Difícilmente podrá hallarse un ejemplar de elefante que pudiera —o hubiese podido— ofrecer en su valioso colmillo un bloque de marfil como el que es necesario para labrar esta bella escultura. Porque téngase en cuenta que, además del diámetro que arroja esta obra medida por las rodillas y el final del paño que se arrolla a las caderas, el colmillo

había de ser extraordinario para poder aprovechar una recta de metro y medio en un cuerpo propiamente curvo.

Este detalle es el que, a mi juicio, le da su mayor mérito. No obstante, la talla es perfecta, hecha con pulcra maestría, correctamente trazada y con una gran riqueza de expresión. La cruz en que se sujeta es de concha, como igualmente la amplia peana que sirve de base.

Sobre esta hermosa peana, a los dos lados de la magnífica cruz, hay dos figuras de marfil, y de unos setenta centímetros de altura, que representa a la Madre del Salvador, angustiada por el dolor inmenso, y al más joven de los discípulos llorando al Divino Maestro. Tanto María como Juan, son dos esculturas de una belleza incomparable por la expresión, y aún me parecen de más correcto dibujo.

En el centro de esta misma peana hay dos círculos concéntricos destinados a glosar los pasajes más salientes de la Pasión de Jesús. El mayor de ellos está dividido en doce círculos de un diámetro doble al que ofrece una moneda de cinco pesetas. Estos discos son también de marfil y aparecen incrustados en la concha representando El Cenáculo, La Oración del Huerto, El beso de Judas, El Pretorio, La flagelación, El escarnio, El balcón de Pilato, La calle de la Amargura, La caída, La Verónica, El despojo de las vestiduras y La Crucifixión. En el centro de este zodiaco cristiano está el grupo mayor, que representa las angustias de la Virgen, con el

yacente cuerpo del Hijo en el regazo, rodeada de José Nicodemus, San Juan y las santas mujeres.

Aunque la fotografía no da una idea exacta del mérito que representa esta perfecta y pacientísima obra, puede, sin embargo, dar un presagio de su valor. Ved la multitud de figuritas esculpidas sobre el amarillento marfil; ved sus actitudes, la composición de los cuadros, la corrección de los dibujos. Cuantos elogios se dediquen a esta obra serán un pálido reflejo de lo que ella merece.

Yo he querido descubrir el origen de esta joya artística; pero tan poca curiosidad ha habido por conservar los datos referentes a su historia, que me he tenido que detener ante lo imposible.

Se dice que la obra vino de Filipinas, que vino de la América occidental; se cuenta una fabulosa leyenda de un guerrero con un monstruoso elefante a quien venció gracias a la divina intercesión cristiana, por lo cual, en gratitud, mandó construir esta pía obra y

labrar sus figuras con el material de los colmillos de la fiera... Pero nada puede anotar-se con visos de verosimilitud...

En aquella memorable revolución, en que las turbas se cebaron, heresiarcas y sanguinarias, en los conventos de España, las llamas de muchos incendios devastaron archivos conventuales que guardaban preciosos datos, entre ellos los que nos hubieran podido aclarar esta duda. Lo que se sabe es que perteneció a la Parroquia de San Pedro del Olmo y que, luego de su ruina, vino a conservarse a la iglesia mayor de esta ciudad.

Precisamente en esta época conmemoradora de la Pasión del Salvador, esta magnífica joya no debe permanecer sin que un cronista pregone en los periódicos de gran circulación el mérito de una obra que se oculta en la iglesia de una antigua y olvidada ciudad española, cuna de príncipes y magnates, solar de nobles y generosos caballeros y archivo de lealtad y heroísmo.

Julio HOYOS

EL DOLOR

Por Juan Vázquez de Mella

El Viernes de Dolores y el Viernes Santo puede decirse que son las conmemoraciones solemnes que del dolor hace la Iglesia. El Crucifijo es la personificación más augusta y sublime del dolor.

El dolor, introducido en el mundo por la culpa, fue, como todas las cosas, regenerado al pasar las aguas del Jordán de la Gracia. El dolor fúnebre, sombrío, sin esperanzas, es la amargura interna que derraman en el corazón de los hombres todas las filosofías que se apartan de Cristo y le maldicen. La pesadumbre y el deleite son accidentes y modos fatales del ser único y absoluto en el panteísmo, y efecto necesariamente determinado por las leyes de la materia en los sistemas positivistas.

La resignación, el consuelo, la esperanza, son palabras sin sentido en esas miserables

filosofías, cuyas negaciones completa, como noche lúgubre y siniestra el pesimismo desolador, la metafísica de la nada, que brota de esas fuentes ponzoñosas, y después de envenenar la atmósfera social con emanaciones fértidas, lleva sus aguas salobres a ese abismo sin fondo del no ser de todas las cosas por término final del hombre y del mundo.

Jesucristo, engrandeciendo y sublimando el dolor, le ha hecho la medida de toda grandeza moral. No hay héroe, ni santo, ni mártir que pueda subir la áspera cumbre de la fama o de la gloria sin llevar sobre sus hombros la cruz del infortunio. El dolor fortifica; el placer enerva, dijo Valdegamas en uno de los más elocuentes capítulos de su "Ensayo"...

¡El dolor! Cuando tiene su morada en un corazón no cristiano es serpiente que se en-

rosca en él y le retuerce con las convulsiones de la desesperación, convirtiendo los gemidos en blasfemias y las lágrimas en maldiciones. Cuando el dolor es ola hinchada y rugiente que, después de azotar una existencia y sumergir su espíritu en sus aguas, retrocede ante la roca innoble de la frontera cristiana, van a deshacerse sus espumas ante las gradas donde se levanta la Cruz. Ese dolor, purificado por la fe, es fuente inexhausta de poesía.

Desde los salmos de David hasta los tercetos dantescos y las angustiosas quejas de San Juan de la Cruz, el dolor ha sido el manantial de todas las energías. Por eso en la Biblia, donde todo se refiere a Jesucristo, se encuentran, como decía Donoso, los modelos de todas las energías y de todas las lamentaciones. ¿Quién volverá a gemir como Job cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hincha con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá a lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalem abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío como Ezequiel, el profeta de los grandes infortunios y de las tremendas catástrofes, cuando daba a los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia?...

Sólo los mártires y los místicos cristianos tienen acentos de un dolor a la vez dulce y grandioso. Desdeñándose de mirar a la muerte para dirigir los ojos al cielo, o contemplándola con amor anhelante exclamarán como la insigne doctora de Avila:

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

Quando la voluntad se rebela contra la Cruz, cae agobiada por el infortunio, y los labios del poeta parece entonces que destilan hiel.

El hastío desconsolador de las "Noches", de Musset, más fúnebre que el poema de Young; la amarga desesperación de Espronceda en la "Orgía" y en "Canto a Teresa"; la ironía venenosa y escéptica de la "Palinodia", de Leopardi, y el sarcasmo de los "Intermezos", de Heine, son expresión de ese pesimismo que desgarrar el alma y se complace en clavar en las carnes vivas el candente hierro de la negación cristiana.

Dolor que no sea libremente aceptado por Cristo, que los engrandeció todos, lavándolos con su sangre, es un dolor sin esperanza, y por lo tanto, contrario a Dios y a los hombres; y no puede ser fuente de poesía, sino hálito de muerte que aun exornado con magníficas estrofas no hará otra cosa que avivar el infortunio y lacerar las almas, dejando caer sobre ellas lágrimas de fuego que queman y no iluminan. Así, arrastrado a la desesperación por el odio a la fe, será conducido a la blasfemia, y, queriendo cantar, sólo saldrán de sus labios impíos los horrendos acentos de Carducci entonando el himno a Satanás.

La Cruz es una ánora divina suspendida del cielo, y los huracanes y las tempestades pasan bajo ella rindiéndole homenaje.

YEDRA

Si pudiera volver
a la nada inmaculada
y escoger, para nacer,
del misterio de la nada
forma y lugar, yo me diera,
visionario
a ser planta enredadera
en la cumbre del Calvario.
Y al cobijo de una piedra,
al brotar, bajo la luz,

sentirme raíz de yedra.
hundida al pie de la cruz.

Yedra no más. Y crecer,
y trepar por el madero
hasta cubrirlo, y tejer
un sayal verde y austero
con mi hojorasca tupida,
que al envolverte, Señor,
sintiera dentro la vida

de tu calvario, mejor.

Yedra no más. Y acabar
la mía en la cumbre santa,
en una noche, sin luz,
venturosa, al contemplar
morir mi alma de planta
todo enroscada a tu cruz.

J. Jimeno Navarro

Dolor

I

Débil corazón humano
que fuiste de dichas nido
y hoy te lamentas herido
por un destino tirano:

Corazón que en viejos días
viste un mundo todo amores
una tierra toda flores
y un cielo todo alegrías:

corazón que ayer cantabas
con musicales dulzuras
la canción de las venturas
que feliz paladeabas

y hoy en doliente clamor
dices que estás afligido
que estás mortalmente herido
por el puñal del dolor;

corazón de fe dormida
que gritas mirando al cielo:
"No hay duelo como mi duelo
ni herida como mi herida";

ruin corazón pecador
que miras sólo a tí mismo
¿has meditado tú el dolor
del más inmenso dolor?

II

Corazón poco paciente:
¿ves la imagen dolorosa
que en procesión lacrimosa
conduce piadosa gente,

Abre el alma a los fulgores
de aquella enlutada estrella:
¿tú sabes quién es aquella?
¿La Virgen de los Dolores!

¿Sabes la divina historia
de aquella que es madre tuya?
¿Hizola Dios Madre suya;
¿pudo Dios darle más gloria?

¿Habrá semejante amor
al que con hondas ternuras
sintió en sus entrañas puras
la Madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar,
ni en sueños puede haber visto
lo que la Madre de Cristo
pudo a Cristo Dios amar?

Entonces, ¿cómo medir
la intensa hondura insondable
del dolor inenarrable
de ver al Hijo morir?

Verlo vilmente azotado,
horriblemente escupido,
despiadadamente herido,
bárbaramente enclavado;

verlo Mártir del Amor
de la ruin humanidad
y ver nuestra iniquidad,
¿cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores
duelos jamás bien contados,
sufrió por nuestros pecados
la Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida
que a Dios, gritando, mostrabas
la sangre que deramabas
de tu levisima herida:

mira esos siete raudales
que de esas entrañas puras
derraman las puntas duras
de siete agudos puñales.

Bebe la santa ambrosía
que en ese abismo se encierra
y adora, rodilla en tierra,
¿los dolores de María!

Gabriel y Galán

La Leyenda de la Cruz

Todos los años, durante esta semana llamada Santa, gira el pensamiento, en los pueblos cristianos, alrededor del drama divino, conocido con el nombre de Pasión de Jesucristo; hecho que constituye el punto inicial que ha cambiado la faz del mundo.

La historia pura y sencilla no ha satisfecho la piedad y entusiasmo de las almas; esto explica que en la Edad Media surgieran numerosas leyendas relacionadas con la Cruz. Vamos a dar a conocer en este artículo el origen y desenvolvimiento de la maravillosa leyenda, que tan frecuentemente ha inspirado a los artistas.

Si volvemos nuestros ojos dos mil años atrás, observamos que la cruz no es más que un instrumento de suplicio, análogo a la guillotina moderna. Era el instrumento de suplicio reservado a los más bajos criminales y a los esclavos; los ciudadanos eran decapitados. Teniendo esto presente, difícilmente nos imaginamos cómo pudo ser distintivo de honor llevar sobre el pecho el emblema el suplicio grosero; como igualmente no podemos concebir que llegue a serlo llevar una guillotina pendiente del pecho, aunque la rodeemos de pedrería y oro. Y, sin embargo, este signo de infamia, esta Cruz, es el preciado signo de distinción y premio al honor en los pueblos que van a la cabeza de la civilización.

El vulgo tiende a buscar la genealogía completa a las cosas famosas, como a los hombres ilustres, hasta atribuirles a unos y a otras orígenes casi divinos. No comprende que un hombre que se ha distinguido por sus grandes hechos, haya surgido de la nada, ni que un objeto, que ha sido instrumento de conquista o de renovación, sea un objeto usual, sin importancia y hallado por casualidad. Por lo tanto no puede admitir que la Cruz, su materia prima y su forma no estuviesen destinadas desde la eternidad a ser lo que es en todos los pueblos civilizados modernos: emblema de la redención. De aquí la causa de la *Leyenda de la Cruz*.

Hacia largos años que Adán había sido desposeído del Paraíso Terrenal; había vivido 432 en el Valle de Hebrón. Cierta día, terminadas de regar las recientes plantaciones, sintiendo hondamente la fatiga del trabajo, recostóse, y dominado de la tristeza, comenzó a pensar en los grandes males que se había acarreado con su pecado, y en su desesperación, llamó a su hijo Seth, y le dijo: "Te mando que te dirijas al Ángel que guarda en el Paraíso el árbol de la vida con una espada de dos filos, dile que siento la tristeza del vivir; que me alcance la misericordia que Dios me prometió al lanzarme del Paraíso. Toma el camino del Oriente, y encontrarás el valle que te conducirá al Paraíso. Con el fin de no perderte, sigue cuidadosamente los pasos que dimos tu madre y yo al ir al destierro; ten presente que nuestros pasos los reconocerás porque donde nuestra planta pisó no saldrá ni hierba, dejando la tierra árida y estéril. Tal fue la magnitud de nuestro pecado".

Partió Seth; halló el camino y encontró al ángel que le abrió la puerta del para siempre perdido Jardín en el que vió multitud de cosas maravillosas, y en medio una gran fuente de la que salían los cuatro grandes ríos que regaban la tierra, y junto, un árbol grande lleno de ramas, pero sin corteza ni hojas. Este árbol desnudo era el del pecado de sus padres. El ángel le dijo: "De ese árbol ha de venir para tu padre la unción de misericordia por Dios prometida. Pero no ha llegado aún el momento. Tardará unos cinco mil quinientos años. Mira uno de tus frutos; tómalo. Cuando muera tu padre (que será pronto) ponle en la boca una cimiente; de ella nacerá un árbol grande, que tardará muchos años en dar fruto; cuando haya dado un fruto, entonces es el momento de la salud". Seth se retiró llorando; hizo lo que el ángel le ordenó; Adán murió a los tres días y de su tumba salió el árbol. En la época de Abraham, este árbol sólo tenía un brazo o rama. Pasaron dos mil años, durante los cuales el pueblo ju-

dio sufrió grandes pruebas y vicisitudes; perdióse el recuerdo de esta historia. Sin embargo, había en Judea un árbol magnífico y milenario, a cuya sombra veíase gustoso a David cuando componía sus salmos o lloraba sus pecados. Este árbol, no daba fruto ni cimiento. Era el árbol de Adán.

Muerto David, Salomón levantó su grandioso templo. La obra estaba ya muy avanzada; faltaba solamente una viga, pero de tales dimensiones que parecía imposible encontrarle en país alguno. Sólo este viejo árbol venerable podía llenar el vacío. Decidióse cortarlo, dando por resultado una viga de "treinta y un" codos de largo, es decir, un codo de más que todas las demás vigas. Al ser colocada en su lugar, vióse con estupor que faltaba un codo. Midióse de nuevo sobre el muro y dió por resultado un codo de más, como la primera vez. Mas al ser colocada, observóse, como antes, que sólo medía "veintinueve". Atribuyóse esto a obra de magia; desistieron de colocarla en el templo y fue dedicada a servir de puente sobre el torrente de Siloe.

SALOMON Y LA REINA DE SABA

Atraída por la renombrada sabiduría de Salomón, fue a visitar el Templo la Reina de Saba. Ella y su séquito tenían que atravesar el torrente. En el momento de hacerlo, vió ella en espíritu que el Salvador del Mundo estaba colgado de esta viga; no atreviéndose a pasar sobre ella, lo adoró juntamente todo su séquito. No se olvide que era tenida por adivina. Llegada al Palacio indicó vagamente a Salomón lo que acaba de presentir; mas el Rey, atento a que ese madero pudiera ser un día el instrumento de destrucción del imperio Judío, mandó quitarlo del torrente y enterrarlo bajo tierra. Pasado algún tiempo, en el lugar donde enterraron el madero fue hecha la piscina de Bethsaida, que tantas curas maravillosas hizo entre los que en ella se lavaron; fueron atribuidas estas maravillas al árbol de vida que había en su fondo. Debido a una conmoción subterránea, salió a flote el madero, siendo visto flo-

tar por el verdugo, que paseaba por casualidad; lo tomó y determinó hacer con él una cruz.

Era el año 785 de Roma, bajo el reinado de Tiberio. Es al atardecer; los guardas de Sanedrín han tomado preso a un joven profeta llamado Jesús, acusado de blasfemo; ha sido condenado a morir crucificado. El verdugo andaba en busca de un instrumento de pasión; y fue entonces cuando pasó por la piscina y vió flotar sobre las aguas el madero que enseguida extrajo y colocó en la cima del Monte Calvario, lugar donde eran hechas las ejecuciones. Sobre ella muere el Redentor.

SEÑALES ANUNCIADORAS DEL DRAMA FINAL

Desde los primeros días del mundo había sido destinado este madero para ser cruz, así como Jesús desde los primeros días de su vida había sido destinado a ser crucificado. Cuando los ángeles lo saludaron al nacer, presentáronle, como juguete, una cruz. Más tarde, en el taller de José, se entretiene en hacer crucecitas con las maderitas sobrantes de las obras de su padre. Su madre observa todo sin comprenderlo. Un día, ábrese sus ojos ante un hecho significativo. Estaba Jesús en los treinta años. Era el atardecer, y el Señor, fatigado de trabajar en la carpintería, apoyóse con los brazos abiertos y caía la cabeza sobre el pecho, sobre unos maderos. Los últimos rayos del sol, proyectaron sobre el muro vecino la sombra del conjunto. En ese instante, su madre estaba arrodillada revolviendo los regalos de los Reyes Magos, levantando la cabeza, vió el lúgubre cuadro, que le representó el porvenir de su amado hijo. El famoso cuadro existente en Inglaterra, y que es de Holman Hun, denominado "La Sombra de la Muerte" representa esta tradición.

INTERVIENEN LAS AVES DEL CIELO

La leyenda ha rodeado la Cruz de espectáculos sencillos a la vez que sublimes. Agoniza Jesucristo, y su sangre, recogida en cá-

lices de oro por los ángeles, rebasa y cae por el tronco del árbol manchando el musgo del Monte Calvario. Este musgo se convierte en hermosas rosas llamadas "rosas musgosas". Un pajarito, que ve la muerte del Creador de todas las cosas, pósase sobre la cruz, y con los primeros trinos lamenta el suplicio. Trata de aliviar al Redentor; pretende sacar los clavos que le fijan a la cruz, mas sus esfuerzos son inútiles. Sin embargo, cuando es bajado Jesús de la Cruz, se entretiene el pajarito en formar con los clavos la llamada Cruz de San Andrés, dándole el Señor en premio un plumaje extraordinario en belleza. Otro pajarito se entretiene en arrancar las espinas de la corona; después de mucho forcejeo logra sacar una y queda pintado parte de su plumaje con el rojo de la sangre que brota de la herida.

LO QUE HAY ACERCA DE LA VERDADERA CRUZ Y COMO FUE ENCONTRADA

¿Qué fue de la Cruz después de la Muerte y Resurrección del Salvador? Según la leyenda fue enterrada por los judíos y olvidada por todos.

Ahora bien: 200 años después, los bárbaros que atacaban a Roma estaban sobre el Danubio; el Emperador Constantino marcha a su encuentro. La noche anterior a la batalla, se le aparece un ángel llevando una Cruz de fuego con una leyenda que dice: "Por este signo vencerás". Fortalecido con esta visión, manda Constantino hacer una cruz que coloca al frente de sus tropas; ataca al enemigo, lo hace huír, derrotándolo completamente. Después de la victoria congregó a todos los sabios y adivinos, inquiriendo de ellos de qué Religión era emblema de la cruz. Nada sabían del asunto. Felizmente estaban presentes algunos cristianos que le explicaron el significado del emblema; y Constantino se hizo cristiano. Pero ¿qué fue de la verdadera cruz? El hijo de Constantino quiso saberlo y para ello mandó a Jerusalem a su madre Elena, quien ordenó fueran reunidos los sabios judíos con el fin de que la informaran sobre el paradero de la verdade-

ra Cruz. Algún judío notable había dicho a su hijo: "Nunca reveles el paradero de la Cruz porque desde ese momento ya no será el pueblo judío, si no la Cruz quien reine en el mundo". Juraron los judíos ignorar el paradero de la Cruz. Suponiendo la reina que un tal Judas lo sabía, amenazóle con hacerle morir de hambre si no lo manifestaba. Fimme él en su negativa, le hizo colocar en el fondo de un pozo sin agua y tenerlo sin comer; pasados algunos días, pidió el judío ser sacado con la promesa de revelar el sitio de la cruz. Se hizo conducir a un antiguo templo de Venus. Judas oró y del pavimento del templo salió un perfume exquisito, revelador del hallazgo. Destruyóse el templo y en sus cimientos fueron halladas tres cruces en lugar de una. ¿Cuál era la del Redentor?

Mandó Elena que fueran colocadas sucesivamente las tres cruces sobre el cuerpo de un difunto. Las dos primeras nada hicieron; mas la tercera hizo resucitar el muerto. El milagro demostró la autenticidad de la verdadera Cruz del Redentor, produciendo además la conversión de Judas, que murió mártir con el nombre de Ciriaco.

LOS TROVADORES

Tal era la leyenda cantada de castillo en castillo por los Trovadores del Siglo XII. "La Leyenda de la Cruz" hasta hoy olvidada. Ningún pintor la hace motivo de sus alegorías, como antes los Agnolo Gadda o los Paolo della Francesca. Ningún cuentista la narra. Ya no flamea en las banderas, como en otro tiempo en los mares del Norte y en los de Grecia. Y hoy, llevada entre pedrería, en las condecoraciones diplomáticas, o en las honoríficas, no enseña a la imaginación cristiana, la forma definitiva que tomó el árbol misterioso del Paraíso terrestre, el árbol de la ciencia, del bien y del mal.

LA CRUZ DEL SALVADOR

La Cruz es la señal del cristiano por que en ella operó Cristo la Redención de los hombres. La exposición o la mera enuncia-

ción de esta sencilla idea basta para dar a conocer el cariño y la devoción que profesaron a este Signo los primeros cristianos, educados en ellos por los primeros Apóstoles, sobre todo por San Pablo. Por dos razones, sin embargo, impidieron la exteriorización de este culto: Una fue la disciplina del arcano, o sea la necesidad de ocultar a los gentiles el conocimiento de los misterios cristianos que hubieran provocado indudablemente sus burlas, (como se ve por el conocido grafito hallado en el Palatino de Roma); la otra, cierta repungancia que inspiraba el venerar públicamente el leño de la cruz, cuando aún ese suplicio servía para castigar a los más criminales: de aquí es que si nos consta por los escritores de los siglos II y III y especialmente por las Epístolas de San Pablo la veneración profunda que los primeros

cristianos profesaban a la Cruz y grababan este signo en objetos de su uso ordinario y manual, en todo evitaron representar este símbolo explícitamente en sus monumentos, prefiriendo para significar su fe acudir a otras señales o emblemas, que además del significado simbólico que pudieran encerrar, tales como la esperanza, el poder, la vara de Moisés, el monograma de Cristo, etc., en su misma constitución y cruzamiento de sus líneas aparecía esbozado el signo de la Cruz.

Hasta el siglo IV, después de la aparición de la Cruz a Constantino y la consiguiente paz dada a la iglesia, no aparece públicamente este signo. A partir de entonces el suplicio de la cruz dejó de existir para los criminales, convirtiéndose en el símbolo más glorioso que existe sobre la tierra.

“Mujer, he ahí a tu hijo...”

“Mujer, y madre no, Jesús la llama...
Y sucumbre al asombro el pensamiento:
Y allá en el seno el corazón se inflama,
Y late encadenado y violento.
Y ora suspira y balbuciente clama,
Y apurando tormento tras tormento,
“No soy su madre!” — con temor decía...
Y el viento, — “No eres madre”, — repetía.

Y cuál sierva veloz que saltadora,
Fugitiva corriendo y asustada
Blanco de la saeta cazadora,
Cae exámine, herida y dasangrada;
Exámine María, también llora...
Cede al golpe mortal de aguda espada
Que sin Hijo, sin luz, sin ser la deja...
Y mirando a la cruz, así se queja:

“¿De quién naciste en el portal oscuro?
¿Quién te arrulló, en las pajas reclimado?
¿No hizo el Excelso de mi vientre puro
Para tí, tabernáculo sagrado?
¿No fue mi pecho el invencible muro
Dónde en sueño tranquilo, sosegado,
Sin turbación amarga se dormía
Mi dulce bien, la complacencia mía?

“Mujer y madre mía! Y hace un instante
Que al hallarme en la calle de Amargura,
Cargado entre la turba fluctuante
Del sacrificio con la leña dura,
—Madre con la sonrisa en el semblante
Dijiste, no lloréis mi desventura!
Y como madre te mire, llorando,
Besos hermosos de tu amor buscando.

“Mujer! — Cuando por tí sufriera tanto
Y sufriendolo estoy, oh! desconsuelo!
¿Quién con el suyo, enjugará mi llanto,
Ni con el anhelo calmará mi anhelo?...
¿Dónde está Dios. — En medio mi quebranto
Huye la tierra, se oscurece el cielo,
Y fénix soy que consumido expira,
Del propio fuego en la humeante pira.

“Mujer! — Cuando enclavado en un madero
Tengo mi corazón dentro del tuyo...
Cuando oveja corí tras el cordero,
Y aquí la muerte, aunque mujer, no huyo...
Y aguardo tu suspiro postrimero
Y a todo anhelo de vivir me excluyo...
Y tú me dices, en tu afán prolijo
Señalándome a Juan: “He ahí tu hijo”.

“Madre seré como de tí, del hombre
Que a torpe vicio el corazón dedica,
Madre del que abomina de tu nombre
Y a su ambición el alma sacrifica!
Madre del mundo. Lucifer se asombre!
Que al Justo de los Justos sacrifica
Que en vez acaso de acogerme, huya
Y se avergüence de llamarme suya!

Madre de una nación que te blasfema!
Madre de todo un pueblo deicida,
Que hunde tus templos, tus altares quema,
Rompe sus aras y su culto olvida!
De ese Judá que en insaciable flema,
Viéndome atribulada y condolida,
En tu sufrir desgarrador se engríe...
Mi llanto escucha y de mi llanto ríe!”

Y, como si, preludeo del combate,
Metálico clarín sonado hubiera,
María escucha, su vigor se abate,
Crece el asombro y el terror impera.
El pecho de Jesús de nuevo late.
Y, árbitro aun de la ocasión postrera
A su madre tristísima, infelice
Con paternal acento, así le dice:

“Se madre de los hombres, madre mía;
No tienen más solaz en su desvelo,
Ni consuelo mayor en su agonía;
No tienen en su llanto otro consuelo,
Ni en sus noches eternas otro guía
Ni nadie más que tú, colma su anhelo:
Sé madre de los hombres, Virgen pura
Hoy reina del pesar y la amargura”.

(Del libro de Mons. Darboy: “Las Mujeres de la Biblia”)

“Sé en sus enfermedades medicina
Y el pan que en la miseria les aliente;
Compañera del alma peregrina,
Y refugio del párvulo inocente;
Madre sé manantial y cristalina
Agua perpetua de su sed ardiente...
Y ampáralos que van por todos lados
Polluelos sin paloma extraviados.

“Yo nada he menester. Esa ternura
Que tu esplendor aumenta y tu renombre;
Esa queja cruel de desventura
Que eclipsa los esmaltes de tu nombre;
Ese llanto de amor, esa dulzura
Guárdala, madre mía, para el hombre
Tu candor, tu bondad, tu valimiento...
No le queda otra cosa en testamento.

“Pedid a esa mujer cuánto quisiéreis,
Y tierra y cielo alcanzaréis por Ella,
Si fe en vuestras creencias le pidiéreis,
De fe en el corazón será centella
Que radiara por dondequiera fuéreis
Porque si el mundo es mar, áncora es Ella;
Mujer si mía no, desde este día
Sé madre de los hombres, madre mía”.

Oyó la Virgen, y humilló la frente
Sofocando su angustia lastimera;
Suspiró; y en el ansia vehemente
De ser refugio del que amarla quiera,
Tendió los brazos mansa y dulcemente
Miro en rededor con expresión sincera
Y convocó piadosa a los humanos.
Cual hijos suyos, de Jesús hermanos.

De Emilio Castelar

Si hubiera de volver de nuevo al mundo no abrazaría las religiones cuyo hielo secan mi alma, secan mi corazón, secan mi conciencia; volvería a postrarme de hinojos ante la Virgen santa que serenó con sus sonrisas mis primeras pasiones; volvería a empapar mi espíritu en el aroma del incienso, en la nota del órgano, en la luz cernida por los vidrios

de colores y reflejada en las doradas alas de los ángeles, eternos compañeros de mi alma en su infancia; y al morir, le pediría un asilo a la cruz, bajo cuyos sagrados brazos se extiende el lugar que más amo y más vehero sobre la faz de la tierra: la tumba de mi madre.

El Segundo Cenáculo

“Permanece con nosotros, Señor, porque se ha hecho tarde”.

(San Lucas, XXIV, 29).

Declinaba una tarde del mes de Abril... Paisaje de Judea... Los últimos rayos del sol poniente dábanle un matiz suave y melancólico. El olor a la celinda, que se hace más inmenso en esa hora, perfumaba el ambiente... Una calma angustiosa reina en la naturaleza”....

Por el camino que va desde Jerusalem hacia Emaús marchan dos discípulos del Nazareno... Hablan de Jesús, de su Pasión, de su muerte de la inmensa pena que en su ausencia los ha dejado... y son tristes sus palabras. Un nuevo viajero se les incorpora y departe con ellos... ;Qué sosiego en los ademanes, que suaves las palabras, que apacible la sonrisa y qué paz la que aureola su noble figura... Los discípulos comienzan a disfrutar, sin darse cuenta de cierto bienestar, beben ávidos sus palabras y “sienten abrasarse su corazón mientras les habla de las “Escrituras”.

El sol se ha puesto ya en un ocaso magnífico y apuntan las primeras estrellas cuando llegan a la aldea de Emaús.

Al pasar cerca de la posada, el Misterioso Caminante trata de despedirse. Se encuentran tan felices los discípulos en su compañía que presienten en El al que luego han de reconocer con gozo “en el partir del pan”, le dicen llenos de fe y de amor: “;Quédate con nos-

otros, oh Señor, porque ya anochece!” Entró con ellos y se sentó a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndolo partido se lo dió. Ante esta renovación de la Comunión eucarística, reconocieron a Jesús.

Este conmovedor episodio está escrito en las paredes de la nave central del hermoso templo romántico que la piedad de una gentil dama francesa, la marquesa de Nicolay, quiso construir sobre los cimientos de la antigua iglesia de Emaús. Un altar, bellísimo, recuerda la sala afortunada que fue testigo de la segunda Comunión Eucarística dada por Jesús a sus discípulos, hecho por el cual se ha llamado este santuario el “*Segundo Cenáculo*”. Emaús es un don del Cielo; allí el Señor iluminó a la humanidad con un rayo de su luz divina. “En el Sagrario tenemos a Jesús Sacramentado, el Emaús místico donde admiramos la bondad infinita de Jesús, y la benignidad que usó con los discípulos vacilantes en la fe; su poder maravilloso para inflamar en el divino amor nuestros corazones así como para desvanecer todas las dudas y arraigarnos en la fe”. En el Emaús Eucarístico sentimos más potente e imperioso el deber del apostolado y los fieles de Cristo reconocen y sienten todo el tesoro de su amor en la Eucaristía.

Peregrinos en este mundo repitamos llenos de fe y confianza la invocación de los discípulos: “;Quédate con nosotros, oh Señor, por que ya anochece!”.

Adelaida Fernández Hurtado

Setiembre de 1933.

Al pié de la Cruz

Flota en nuestros templos, por estos días de la Semana Santa, un ambiente de piedad tan comunicativa que casi nos atreveríamos a decir que es sublimemente divina por ser soberanamente humana.

La figura que más poderosamente atrae nuestra atención es la de la Virgen al pié de la Cruz. Es un símbolo del amor, abrazado al dolor.

La madre y el dolor! Contad vuestras penas a los que no probaron sus hieles, y se reirán de vosotros, no os atenderán. Pero, contádselas a una madre, y qué pronto encontraréis el bálsamo que las mitigue!

Es que no concebimos dolor sin madre, por lo mismo que no podemos concebir madre sin dolor.

P. Teodoro Palacios

Recetas de Cocina

SUFLE DE MANZANAS

- 8 manzanas.
- ½ taza de arroz.
- 1 botella de leche.
- 1 cucharada de azúcar.
- 2 claras de huevo.
- La punta de una cucharadita de sal.

Se lavan las manzanas, se pelan, se parten en 4, se les quitan las semillas y se ponen a cocinar en agua hasta la mitad de ellas y azúcar al gusto; cuando están suaves y un poco secas se ponen en un pirex o en una fuente que resista el fuego. El arroz se lava muy bien y se pone a cocinar con un poquito de agua y la sal, cuando está un poco suave se le agrega la leche, azúcar al gusto y se deja cocinar hasta que esté suave, se deja enfriar. Se baten las claras a punto de nieve se le agrega 2 cucharadas de azúcar y se mezcla bien hasta que el azúcar esté disuelto. Las manzanas en el pirex se extienden bien, al arroz se le pone un poquito de vainilla y se echa sobre las manzanas extendiéndolo bien, por encima se cubre con las claras batidas, y se mete al horno caliente durante 20 minutos y se sirve.

BUÑUELOS DE PAPAS

- ½ libra de harina.
- ½ libra de papas.

- ½ litro de leche.
- Sal.
- 2 huevos.
- 1 cucharada de mantequilla.

Se pelan las papas y se ponen a cocinar en agua con sal hasta que estén suaves, se les escurre el agua y se ponen al fuego para que se les evapore el agua que les queda, moviéndolas constantemente, enseguida se pasan por el prensador de papas o se majan con un tenedor para que queden bien finas, se les agrega la leche, se mezcla bien, enseguida se agregan los huevos bien batidos, la sal, una cucharada de mantequilla, un poquito de pimienta y la harina, luego se va friendo por cucharadas en manteca caliente, quedando doradas de ambos lados, se adornan con perejil y se sirven.

MERO A LA ESPAÑOLA

Se emplean dos libras de mero, se escama muy bien y se lava; se corta en tajadas muy delgadas. En una cacerola se echan dos cucharadas de aceite, encima se colocan las tajadas de pescado, cebolla picada, perejil picado, sal y pimienta, encima se baña con otro poco de aceite, se tapa y se cocina a fuego lento hasta que esté suave. Cuando se va a servir se rocía por encima con jugo de limón y se adorna con ramitas de perejil.

El Sagrado Corazón de Jesús

Sagrado Corazón, huerto de espinas, y brotarán más dulces que la miel.
 déjame hacer un ramo de tus flores
 y, regado en tus lágrimas divinas,
 darlo a oler a tus fieles amadores.

Corazón de Jesús, arpa sagrada
 que armonizas el célico vergel
 sé fuente de mis cantos, regalada,

Sagrado Corazón, libro de vida,
 breviario del amor del Serafín,
 de ese amor, ¡quién pudiera, sin medida,
 trascribir unas páginas aquí!

J. Verdaguer, Pbro.

Redimida

(Continuación)

Marisia había querido quedarse sola para recogerse mejor dentro de sí misma. El día terminaba.

Por la ventana entreabierta penetraba, con las últimas claridades del día, el agradable olor del heno cortado y el claro tinteneo del Angelus que sonaba en la iglesia de Salency.

La masa ya sombría del parque se envolvía en misterio y en calma, y la enferma sentía que una gran paz bajaba sobre ella.

Parecíale que durante muchos años había estado arrastrando pesadas cadenas y que de repente éstas se habían roto.

En el fondo de su corazón no había un solo pesar por las riquezas malditas que iba a abandonar.

Al fin era libre.

Y en su felicidad nueva, sus labios no encontraban otra plegaria que ésta:

—Bendito seas, Dios mío.

Unos pasos resonaron en el salón vecino... La puerta de la cámara se abrió.

¿Quién era el que venía?

No era ni Marga, ni Juan, ni la religiosa...

Era un anciano de alta estatura, cuyos largos cabellos blancos se agitaban dulcemente bajo la brisa de la tarde.

Marisia lo había reconocido y ocultó entre las manos su pobre rostro vendado.

El anciano se fue derecho a ella, la estrechó en sus brazos temblorosos y la apretó contra su pecho.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro, y así quedaron ambos en silencio, sin decirse nada, como si las palabras fueran impotentes para traducir sus pensamientos.

Del alma del padre subía un cántico de alegría. ¿Había pedido tanto a Dios que le concediera el goce de esta hora! Y el pobre corazón que latía contra el suyo le pedía por fin perdón por los años de sufrimientos que había encorvado su alta silueta y blanqueado sus cabellos.

Aquella noche supo Marga todo lo que ignoraba con respecto al pasado.

Stanislas y los dos prometidos conversaron corazón a corazón en el gran salón lleno de silencio, adonde llegaba la débil respiración de la enferma dormida.

La historia de los condes Olbiski estaba estrechamente unida a la de Polonia.

Ricos y poderosos bajo los Jogellon, habían sido fieles servidores de la cruz amenazada por los turcos.

Cuando la monarquía se hizo electiva, uno de ellos había sido candidato al trono.

En la época del primer desmembramiento de Polonia, bajo Catalina la Grande, el abuelo de Stanislas, denunciado como patriota, había sido despojado de su título de palatino, y se vió obligado a permanecer en la obscuridad, tascando impacientemente el freno hasta el día en que pudo saludar en Kosciusko al futuro libertador de su patria.

Al lado de éste cayó peleando como un valiente en el campo de batalla de Maciejowice.

Su hijo, que se encontraba todavía en la cuna, fue despojado en parte de la herencia paterna. No le dejaron más que una antigua mansión perdida en la campiña a algunas leguas de Varsovia. Allí fue donde nació Stanislas y donde vivió feliz durante más de veinte años, al lado de la compañera de su vida.

El joven matrimonio no era rico; pero nada les faltaba, sobrando todavía algo para repartir entre los pobres de los alrededores, que bendecían su nombre.

¿Para qué pedir más a Dios?

El conde había rechazado ventajosas ofertas que le habrían devuelto los bienes de sus antepasados, pero haciéndole vasallo de Rusia. Trabajaba como los campesinos, que cultivaban sus tierras, y en sus momentos de ocio manejaba los pinceles.

Sus notables aptitudes para la acuarela habían sido desarrollados mediante las lecciones de un francés profesor de dibujo en Varsovia uno de esos artistas desconocidos a quienes el genio ha marcado en la frente, y

que, sin embargo, suelen morir de hambre en cualquier rincón.

Una niña había venido a alegrar la vieja mansión de los Olbiski. Le habían dado el nombre de la Virgen. Sus deliciosos caprichos habían sido en un principio el encanto de sus padres. Primero se rieron de ellos, más tarde empezaron a causar inquietud.

Además, estaba muy orgullosa de su linda figura.

La sorprendían con frecuencia delante del espejo, sonriéndose a sí misma y adornándose con cintas y encajes.

Tenía dieciocho años cuando la condesa Vera entró en escena.

La dama de honor de la emperatriz estaba emparentada con Stanislas por el lado materno; pero el conde le había dado siempre muestras de una gran frialdad. No podía olvidar que los bienes de su prima constituían en parte grandes extensiones de tierras confiscadas a los proscriptos.

¿No poseía ella, acaso, aquel magnífico dominio de Kurlandia, cuya verdadera propietaria había muerto de hambre y de frío en una buardilla de París?

Y el espléndido castillo de Lituania, donde ella se complacía en rodearse de una pequeña corte, ¿no debería pertenecer a un pobre niño, educado por caridad en un gimnasio imperial, y cuyo abuelo había muerto en Siberia, a golpes de "knout"?

Si la condesa Vera no era buena, poseía al menos el don de la inteligencia. Había adivinado perfectamente el secreto menosprecio en que la tenía su primo, y esto había hecho nacer en ella un odio a muerte. Para vengarse de sus desdenes ideó un plan diabólico.

Marisia había recibido con entusiasmo a la riquísima visitante que le traía algunos ecos de la corte lejana.

La condesa Vera balagó su orgullo insinuándole que era una lástima verle enterrada en aquel desierto, y que si iba a San Petersburgo habría de eclipsar a todas las mujeres de la corte.

La eterna historia de Eva y la serpiente.

No le costó gran trabajo a Marisia escu-

char a la tentadora. Tampoco le costó trabajo creer que era tan hermosa como ella le decía.

Su esposo se lo había repetido con frecuencia.

Su tía le había presentado al príncipe Casimiro Stephanofski. Por aquel entonces la condesa Olbiska acababa de fallecer al dar a luz a su segunda hija, a quien se puso el nombre de Margarita en recuerdo suyo.

Stanislas, aniquilado por la muerte de su esposa, trató de persuadir a Marisia de que el hermoso Casimiro no era el marido que le convenía, y la obligó a esperar tres años. Por fin, viendo que su hija persistía en sus proyectos, como los Stephanofski pertenecían a la antigua nobleza y pasaban por buenos católicos, el padre se dejó arrastrar al consentimiento.

El matrimonio tuvo lugar, y el príncipe no tardó en mostrarse tal cual era. En sus manos, la dote de Marisia pronto desapareció; pero, ¿qué le importaba?

¿No tenía, acaso, la secreta promesa de la condesa Vera Oronzoff, esa promesa que le había dado paciencia para esperar tres años?

Stanislas se había visto obligado a vender su vieja mansión y sus tierras para pagar parte de la deuda de su yerno; para el resto había firmado documentos escalonados.

Terminó por refugiarse con sus hijas en un pobre barrio de Varsovia, y hacía ya algunos días que buscaba sin resultado algunas lecciones de acuarela para subvenir a las necesidades de su hogar, cuando el carruaje de la condesa se detuvo delante de su puerta.

Segura ahora de tener un aliado en la persona de Casimiro, la tentadora preparaba su venganza bajo la apariencia de generosidad.

—No tengo hijos — dijo sin ningún preámbulo, — y vengo a ofreceros que viváis conmigo en calidad de herederos de todos mis bienes con la condición de que abandonéis la religión católica.

Stanislas se irguió en toda su altura.

—Señora — dijo, — si usted fuera un hombre, la haría arrojar de mi casa en castigo de haber creído que el conde Olbiski puede ha-

cerse culpable de semejante traición contra su país y, contra su Dios.

La condesa se puso lívida de furor; sus propósitos no los dictaba un proselitismo sincero. Lo que ella quería, antes que nada, era someter a la descendiente del héroe polaco, envilecer en su persona a toda una raza..., poner, en fin, la bota rusa sobre la cabeza del vencido.

Pero el conde Olbinski se negaba altivamente a satisfacer ese deseo... Entonces ella se volvió hacia Marisia, que había escuchado el coloquio, pálida y temblorosa.

—Te ofrezco —le dijo— la fortuna que tu padre rehusa.

Stanislas no dió a la joven princesa tiempo para responder:

—Mi hija —exclamó— sabe lo que debe a su nombre. Si hace traición a su Dios y a su patria, no serás mi hija... ; todo habrá terminado entre nosotros!

Y Marisia no se había atrevido a decir palabra.

Pero cerca de ella se encontraba el tentador: el marido sin escrúpulos a quien se había unido. Este le había dicho que su belleza no estaba hecha para una existencia de trabajo, a la que Stanislas la había conducido.

Esta casita estrecha, situada en un barrio miserable, aquella sirvienta única que había sido la nodriza de Marga, y cuyos servicios eran tan elementales; aquella serie de continuas privaciones, eran cosas que mantenían a Marisia en un estado de continua rebelión. Esta necesitaba los halagos del mundo, los homenajes, la vida opulenta.

Los diamantes necesitan el oro para tener un recuerdo digno de ellos.

Su tía había destilado gota a gota el veneno en su alma...; ella se encontraba dispuesta para recibirlo.

¿No había ésta, acaso, atacado en todas las ocasiones que se le presentaron sus creencias de niña?

¿No le había comunicado su escepticismo?

Ella la escuchó... y una noche tibia de mayo consintió en huir con su marido de la pobre casita donde vivía.

En el umbral, un sentimiento la detuvo:

iba a dejar acaso para siempre a Marga, a la hermana de quien, además, era madrina.

Quería besarla una vez más.

Penetró son paso furtivo en la habitación donde dormía la pequeña al lado de la cama de la vieja sirvienta.

Esta refirió al día siguiente a su amo que la princesa estaba muy pálida; que había apretado a la niña en sus brazos y que sus lágrimas habían caído sobre la frente de la pequeña.

Al preguntar Stanilas a la sirvienta por qué no había dicho algo a la princesa, ella contestó ingenuamente que había creído que se trataba de un sonámbula y que tuvo miedo de despertarla.

La joven dejó una carta, en la que manifestaba a su padre que, no sintiéndose con valor para soportar por más tiempo aquella vida miserable, se había decidido a aceptar el ofrecimiento de la condesa Vera.

Stanilas, enloquecido por el dolor, fue a golpear a la puerta del palacio de Oronzoff... Aquí se negaron a recibirlo.

Escribió y no obtuvo respuesta.

Entonces, un día, después de haber hecho saber a la renegada que él le devolvería poco a poco el dinero con que había pagado las deudas del príncipe, salió de Polonia llevándose consigo a la pequeña Marga.

Se dirigió a París donde trabajó, luchó, hasta hacerse un nombre; pero un nombre supuesto, pues no quiso llevar en lo sucesivo su título de conde desde el momento en que su hija había arrojado sobre él una mancha imborrable.

Durante dieciséis años, Marisia no había intentado aproximarse a su padre... Ni siquiera había contestado a sus cartas.

El orgullo, que perdió a Lucifer, es el más terrible de los pecados: petrifica el alma y no permite que en ella penetre la gracia divina.

Un día, sin embargo, vió a Marga.

Todo el afecto que en otro tiempo había experimentado por aquel bebé rubio, que era su hermana, se reavivó a la manera de un fuego que durante mucho tiempo la permanecido bajo la ceniza.

(Continuará)

Oración del Desamor

Señor, mi vida te entrego,
con el incienso de un ruego,
por que cures mi dolor.
;Haga tu gracia divina
que no me hiera la espina
maldita del desamor!

Toma en ofrenda mi llanto
por aquel perdido encanto
de la esperanza insegura.
Valor para mi desmayo;
alúmbrame con un rayo
del cáliz de la amargura.

Sé el guía de mi camino,
como lucero divino
de radiante y blanca luz;
lleva mis pasos inciertos
hacia los brazos abiertos
que me tiendes en la cruz.

Que de perdido en el mundo
mi batallar infecundo
por un maldito deseo.
Mal me pagó la locura,
que en mi calle de amargura
no encontré mi Cirineo.

;Dame la flor del olvido;
con pena y llanto la pido;
no me la niegues, Señor!
;Haga tu gracia divina
que no me hiera la espina
maldita del desamor!

En la fragancia sublime
del llanto que me redime
muere un recuerdo marchito;
borre mi vida el pasado

hoy que tu cruz he encontrado
para mi anhelo infinito.

Tiende tu mano piadosa
por qué deshoje la rosa
sangrienta de mi dolor.
Que no me abraze esta hoguera...
;Haz que mi pecho no hiera
la espina del desamor!

Encuentre un bendito asilo
de amor seguro y tranquilo
bajo la paz de tu manto.
Haz que mi aurora amanezca
y que al fin se compadezca
del amargor de mi llanto.

Sosiega mi desespero;
si sabe cómo le quiero,
¿por qué no vuelve hasta mí?
Dame tu ayuda bendita,
que mi penar necesita
de la ilusión que perdí.

Guía mi vida insegura
por la calle de amargura
de mi fatal desvarío...
;Por la cruz de tu Pasión,
tócale en el corazón
para que vuelva, Dios mío!

Libra mi mal prisionero...
Si sabe cómo le quiero,
¿por qué no vuelve, Señor?
;Haga tu gracia divina
que no me hiera la espina
maldita del desamor!

Vicente Ramírez Bordes

Overoles de magnífica calidad para niños

Géneros para el uniforme del Colegio de Señoritas

Medias negras, cortas y largas de muy buena clase, para uniformes,

encontrará usted en la

Tienda de Don Narciso

(Frente a la Plaza de la Artillería)

Tienda de Chepe Esquivel

(Esquina opuesta al Mercado)

Magníficos PARAGUAS y

Elegantes SOMBRILLAS

A precios sin competencia

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»

.. de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»

.. de Turrialba, Hacienda «ARAGON»

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentadura de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 varas al Norte del Carmen

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

ADELA Vda. de JIMENEZ e HIJOS

Construcciones, Cemento, Mosaicos, Balaustres, Macetas.

Faroles de hierro forjado, Materiales de Construcción, Piedra Quebrada.

FERRETERIA - TALLER MECANICO

Teléfono 2278

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

A H O R R O

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.